

La hora precisa, la hora fatal.

Una de las señales características de la monomanía, es la regularidad matemática con que se reproducen semejantes fenómenos.

— Vamos, doctor, ¿y qué pensais de todo esto? preguntó el barón trémulo todavía por el miedo que acababa de pasar.

M. Ozam meneó la cabeza y respondió:

— Que habeis tardado mucho tiempo en avisarme, pero que no debemos perder toda esperanza. Solamente os debo advertir que para vuestra curacion, vos podeis hacer mas que yo. Id, venid, entrad, salid, agitaos. Pasad vuestras noches en el teatro y vuestros días en el afán de los negocios. En una palabra, tratad de olvidar.

— Trataré de hacerlo así, dijo Matifay con desaliento.

— Por el momento, acostaos y haced por dormiros, continuó el doctor. De aquí á mañana á la misma hora, nada tenéis que temer, puesto que el acceso es periódico. De aquí allá, trataremos de buscar un medio para que no se renueve, ó por lo menos para que no sea tan fuerte.

Y al pronunciar estas últimas palabras, M. Ozam fué á abrir la puerta que habia cerrado por dentro, y llamó á Larose, que no debía estar muy lejos, porque en seguida vino.

Pero la curiosidad del ayuda de cámara quedó tambien frustrada por esta vez, puesto que no encontró mas que los restos de una cena delicada en aquel cuarto cuya entrada le habian cerrado tan misteriosamente durante toda la noche, al doctor Ozam poniéndose su paletó de abrigo, y á su amo medio dormido al lado de la mesa.

En aquella misma hora de las doce, José y Elena recibian al fin las últimas confidencias de Chinela.

## XXVIII

## LA CONFESION DE CHINELA.

(CONTINUACION Y FIN.)

La relacion de Chinela estaba perfectamente de acuerdo con la de la Pippione, pero añadia pocos elementos nuevos á los que ya sabian José y madama Lamouroux.

La declaracion del titiritero no contenia, en definitiva, sino una indicacion seria y de alguna importancia.

Era que el hombre que en otro tiempo habia abandonado á la niña en Nápoles, se hallaba ahora en Paris.

Chinela lo habia encontrado un dia en la plaza de la Bolsa en el momento en que subia en su elegante carruaje. El italiano trató de seguirle, pero inútilmente, porque el carruaje, que iba á gran trote, al llegar al bulevar torció de camino en la esquina de la Chaussée-d'Antin, y Chinela lo perdió de vista.

Es verdad que el saltimbanqui hubiese podido dar mas señas exactas del viajero con quien habia hecho su odioso trato, pero las noticias orales son muy vagas por lo general, y aunque el hombre que describia Chinela se asemejaba mucho, por sus señas, á Matifay, su declaracion no podia dar lugar mas que á indecisiones, á presunciones y sospechas, pero no á una certidumbre completa.

Y como José lo habia dicho á Elena, no era una simple presuncion lo que se necesitaba, sino una real y positiva certeza.

Pareciale á la pobre mujer, ahora que habia nacido en su corazon la esperanza de volver á hallar á su hija verdadera, que las caricias de la Pippione le serian mucho mas dolorosas que dulces, mientras que conservase la mas ligera duda; porque ya no era una hija adoptiva que la casualidad le habia proporcionado, sino su verdadera, su propia hija.

¡Oh! no le era necesario para eso tener una prueba legal; ¿qué le importaba á ella la legalidad, á ella que no vivia ya en el mundo, que no tenia ni familia, ni clase entre los vivientes y ni aun siquiera un nombre?

Sola, sin parientes, sin herederos, tenia el derecho de enriquecer á quien quisiese sin tener que dar de ello cuenta á nadie, y de seguro nadie se presentaria para venir á litigar sobre la validez de sus últimas voluntades.

Pero de lo que necesitaba, y lo que ella pedia á Dios como única recompensa de tantos sufrimientos, de tanta abnegacion y de tamaños sacrificios, era una prueba moral bastante fuerte y clara para convencerse ella misma de que la Pippione era realmente su hija.

Era una certidumbre tal que no diese lugar á que entre ella y esta querida niña adoptiva llegase á levantarse algun día, como una sombra, el recuerdo de la otra, de aquella otra niña que ella no habia llegado á conocer nunca; fantasma querido al que no queria robar el lugar de ternura y cariño que le habia conservado siempre en su corazon de madre.

Que explique el que pueda estas anomalías que todos nosotros hemos experimentado, mas ó menos, cuando se ha hallado oprimido nuestro corazon por una grande ansiedad moral.

Para hacer nacer, por decirlo así, ó para hacer desvanecer como el humo esta certeza, Elena no tenia mas que alargar la mano, pero no se atrevia.

Se decia que, al fin y al cabo, aquella incertidumbre era mejor quizás, y que era preferible creer hasta la muerte que la Pippione era verdaderamente su hija, que exponerse, por medio de una prueba imprudente, á perder por segunda vez á su pobre Blanca.

El medio de llegar á saber la verdad era, sin embargo, bien fácil: no tenia mas que tratar de poner á Matifay cara á cara con Chinela, y ver si este lo reconocia.

No mostrándosele directamente y preguntándole: ¿Es ese? porque en este caso el italiano, por ganar su recompensa, de seguro diria que sí; sino haciéndosele buscar en medio de una muchedumbre y preguntándole: ¿Está ahí?

Si en este caso, Chinela, sin titubear designaba inmedia-



Madama Lamouroux le arrojó un puñado de oro sin tocarlo.

tamente al barón, la prueba era convincente, y entonces ¡qué alegría!

Pero si sucedia que llegase á titubear, ó que se equivocase, ó que no reconociese á nadie, entonces ¡qué dolor!

Elena habia padecido tanto, que titubeaba ante esta nueva ansiedad, y esa sola idea le hacia latir el corazon.

Sin embargo, el combate fué de corta duracion: como era animosa, se dijo á sí misma que era preciso no retroceder ante ningun sufrimiento, por grande que fuese, cuando se trataba de conquistar un gozo tan inmenso.

Chinela, despues de haber dicho cuanto sabia, se calló y estaba esperando.

Madama Lamouroux, que habia dejado á José dirigir el interrogatorio hasta este momento, tomando entonces la palabra, se dirigió á Chinela y le dijo:

— Hablemos ahora de vos. Las noticias que nos habeis

dado, por incompletas que sean, tienen su valor. ¿En cuánto las apreciáis?

Chinela no se atrevió á fijar una suma; temia ó pedir demasiado, ó muy poco.

Elena se dirigió á un cofrecito que estaba allí cerca, sacó de él un legajo de billetes de Banco y un puñado de luises de oro que colocó sobre la mesa.

Al verlos, los ojos de Chinela chispearon de alegría.

Madama Lamouroux le arrojó un puñado de oro sin tocarlo.

— Tomad esto por vuestras noticias, le dijo, y ahora hablemos.

Es claro que desde este dia me cedéis todos vuestros derechos, falsos ó verdaderos, sobre la Pippione. Yo podria disputar esos derechos, pero prefiero comprarlos: ¿cuánto quereis por esos derechos? ¿sabéis escribir?

— Yo no sé mas que firmar, respondió Chinela con voz trémula por el gozo.

— Entonces, José, escribid.

Y madama Lamouroux dictó :

« Yo, el abajo firmado, declaro y reconozco que Blanca, llamada la Pippione, no es hija mia, y que no tengo sobre ella ningun derecho, que nunca jamás la reclamaré y que cedo todos cuantos yo pudiera tener y con el mayor agradecimiento, á madama Lamouroux, rentista. »

José alargó el papel á Chinela.

— Firmad, le dijo Elena, empujando hácia él cuatro ó seis billetes.

Y Chinela firmó.

— Esto no es todo, le dijo madama Lamouroux.

El italiano se limpiaba el sudor de su frente con el revés de la manga de su chaqueta.

Se le figuraba que estaba soñando, ó que se hallaba en la gruta encantada de Ali-Baba.

— Vais, desde mañana, continuó Elena, á volver á tomar vuestra antigua ocupacion y á correr de nuevo las plazas y paseos. Sobre todo, id con frecuencia á los paseos á donde va la aristocrácia, á las Tullerías, á los Campos Eliseos.

Parece que teneis bastante habilidad y sois muy diestro en vuestro oficio; yo me arreglaré para que se fije la atencion en vos. Os dirán que vayais á trabajar á las casas particulares: no refuseis ninguna solicitacion; es preciso que este carnaval esteis de moda. Ya nos arreglaremos para conseguirlo.

Todo lo que ganeis sera tambien para vos. Solamente tened entendido que durante estos dos meses me pertenecéis completamente y sin restriccion alguna, y que obedecereis mis órdenes con la mayor puntualidad y de la manera mas estricta.

En primer lugar, no volvereis á beber mas.

Porque cuando se bebe, se charla, y es preciso que seais mudo respecto á lo que aquí ha pasado, y sobre todo lo que pueda pasar entre nosotros.

Os advierto que sereis seguido y que se ejercerá sobre vos una continua vigilancia, y al primer paso que deis capaz de comprometer nuestro proyecto, será enviado vuestro expediente al ministro de Gracia y Justicia, y se os conducirá bien custodiado por una buena escolta hasta Nápoles, á donde ireis á contar á los jueces la historia de Monna Fretti, ó bien os la contarán ellos mismos.

Esta sujecion, al fin y al cabo, no será de grande duracion. Concluido el carnaval, os devolveré vuestra libertad, y aquel dia os daré todo lo que queda aun sobre esta mesa.

Y dicho esto, Elena volvió á recoger con indiferencia el oro que quedaba y los billetes, y colocó todo nuevamente en el cofrecito.

— Estoy enteramente á vuestras órdenes, balbuceó Chinela, y os prometo hacer todo cuanto me digais.

— Cuento con eso.

Apoyó la mano sobre un timbre, y á su sonido entró Luis Jacquemin.

— ¿Habeis encontrado ya un alojamiento para Chinela?

— Sí, señora, un cuarto con dos piezas. Él dormirá en la segunda, y yo en la primera. Los dos cuartos tienen comunicacion entre sí.

— Está bien. Chinela, el encargado de guardaros es Luis Jacquemin. Durante los dos meses que debe durar nuestro pacto, no os dejará ni se apartará de vos un solo instante. Ea, ahora, id con Dios.

Despues que se marcharon los dos hombres y despues que se retiró José, madama Lamouroux, bajando la pantalla de su lámpara, se trasladó al cuarto en donde estaba la Pippione.

La niña estaba durmiendo resguardada por las cortinas de la cama contra el resplandor de la lamparilla que alumbraba el cuarto con una luz claro-oscura.

Nada mas encantador que su linda cabeza enflaquecida, recostada lánguidamente sobre la fina batista y encajes de la almohada.

Estaba dormida, y en su sueño se sonreía con aquella inefable sonrisa de los niños, que dicen es un remedo de la sonrisa de los ángeles.

Elena permaneció largo rato sentada al pié de la cama, mirando la niña en una deliciosa contemplacion.

La mano de la Pippione, larga y pura en sus lineas como una mano de mármol, estaba colgando fuera de la cama.

Madama Lamouroux no pudo resistir al deseo de apoderarse de aquella mano y de estrecharla suavemente entre las suyas.

La niña entonces se agitó débilmente y dejó escapar dos palabras de sus labios entrecabiertos, dos palabras moduladas con igual ternura, pero con entonacion diferente.

— ¡Madre mia!... ¡José!...

La segunda palabra era débil como un suspiro. Elena no oyó mas que la primera.

## XXIX

### REAPARICION DE LA CONDESA DE MONTE-CRISTO.

Paris no es mas que un inmenso teatro en donde cada uno de los habitantes tiene señalado el papel que ha de representar. Los unos, el de primer galan; los otros, de barba ó de gracioso; otros, de sobresalientes, y el mayor número, de comparsas.

En ciertos dias, toda esta compañía cómica sale al tablado, y esto sucede especialmente cuando se trata de la primera representacion de una comedia de grande espectáculo. Entonces, la multitud apiñada en las plazas y calles mira desfilar á los elegidos á quienes el capricho del público ha dado reputacion y fama.

Milor Larsoville es recibido con los mismos aplausos que Federico Lemaitre. Tal ó cual condesa ó marquesa que podriamos citar roba sus aplausos á Teresa, la cantora afamada.

El carnaval, que va desapareciendo poco á poco de nuestras costumbres, se hallaba muy floreciente durante el reinado del rey ciudadano Luis-Felipe.

Los bulevares estaban llenos de máscaras de todas especies, de coches de todas épocas y formas, desde el vulgar calecin adornado exteriormente con carton pintado, conduciendo la comparsa ó comitiva tradicional de la diosa del Buey Gordo, hasta el carruaje burlescamente lujoso del mismo milor Larsoville, ya nombrado.

La muchedumbre aplaudía, los muchachos tocaban sus trompetillas de barro; charangas compuestas de trompas de caza ó de cornetas de piston hacían resonar el aire con sus tocatas extrañas, y tartanas trasformadas para la ceremonia en carros triunfales rodaban por las calles rechinando.

Una multitud de cosas sin nombre caían sobre la multitud apiñada, arrojadas desde las ventanas y balcones, grajeas, tronchos de berza, patatas y cáscaras de naranja.

Cruzábanse los dicharachos insolentes ó cínicos, se daban bromas ligeras y pesadas, y todo era confusion y barullo en los paseos y en las calles.

Pero el lunes gordo, ó sea el lunes de carnaval de aquel año, la condesa de Monte-Cristo era la que llamaba la atencion general y la que, por decir así, triunfaba.

Hacia ya mucho tiempo que se habia perdido la costumbre de ver su librea tan extraña como rica por las calles, y su aparicion repentina en medio de los bulevares fué como la vuelta á las tablas de un actor afamado.

Sin embargo, la condesa no habia hecho cosas excéntricas ni extravagantes.

Iba vestida con un rico traje de noble patricia veneciana, y recostada muellemente sobre los almohadones de una carretela dorada, que por su forma figuraba la proa de un navío.

Sus cabellos rubios medio sueltos caían sobre su corpiño de brocado de oro, y con una pálida sonrisa daba gracias á la multitud que la vitoreaba con entusiasmo.

En el asiento de delante, y en frente de ella, iba el vizconde de la Cruz, vestido tambien á la veneciana, con un traje negro y oro.

Al verlo, se habria dicho que era uno de esos señorones que tanto le gustaba pintar al Ticiano, que se habia descolgado de algun cuadro.

Detrás y delante del carruaje, algunos negrillos, vestidos con ricos trajes, echaban, al pasar, grajeas á los hombres y flores á las mujeres.

De modo que no se oía gritar mas que :

— ¡ Viva la condesa de Monte-Cristó !

Los abonados al paraiso, vulgo la *cazuela*, no han gritado en su vida con mayor entusiasmo : ¡ Viva Melingue ó madama Laurent !

La condesa se sonreía y saludaba con la mano como una reina que vuelve á su capital despues de un largo viaje.

Y, á la verdad, ¿ no es la moda un reino verdadero, y no era la condesa de Monte-Cristo la reina de la moda ?

De repente, inclinándose hácia M. José, le habló en voz baja.

Este se incorporó vivamente, y los dos se pusieron á mirar con atencion hácia una de las anchas aceras.

El coronel Fritz estaba de pié en la orilla misma de la acera, y miraba pasar el carruaje con una risa irónica en los labios.

En el momento en que el coche pasó por en frente de él, llevó la mano á su sombrero é hizo un ligero saludo.

Pero sin que hubiese desaparecido de sus labios la misma ambigua é irónica sonrisa.

Nada era mas natural que el coronel Fritz saludase á la condesa de Monte-Cristo, puesto que habia sido recibido en la casa, y esta era una atencion vulgar.

Pero la singular mirada, burlona y provocativa al mismo tiempo, con que acompañaba su saludo, daba á este cierto valor misterioso.

Se hubiese dicho que era, mas que un acto de cortesía, una especie de provocacion ó baladronada.

José, á su vez, se estremeció y se inclinó hácia la condesa.

Acababa de apercebir detrás del coronel á otro personaje que le era muy conocido.

Un personaje verdaderamente grotesco, vestido de Numa Pompilio, cuya protuberante nariz sobresalía por debajo de su casco de bombero, M. Gosse, en fin.

Cuando el coche pasó, el coronel se volvió hácia el « lobo querido », y este hizo un gesto afirmativo.

— Algo nuevo hay por ese lado, dijo don José en voz alta.

Y la condesa dejó caer friamente de sus labios estas palabras :

— Ha llegado la hora : es menester que muera.

El coche continuó su marcha acompañado por las aclamaciones de la multitud, que estaba bien agena de imaginar que, en aquel carruaje de carnaval, en medio de aquel ruido, de aquella confusion y de aquel delirio de los sentidos, acababa de pronunciarse una sentencia de muerte.

Mientras tanto, el coronel no habia dejado á su Numa Pompilio.

Tan pronto como el carruaje se perdió de vista, indiferente á todo lo demas, llevó á Gosse á un café inmediato.

— Es ella, afirmó de nuevo el memorialista, tan pronto como estuvieron sentados ante una botella de cerveza.

— ¡ Ah ! dijo sordamente el coronel, M. Gigant me engañaba : ya me lo presumia yo... ¿ De modo que esa condesa ? ...

— Se llama Aurelia, dijo simplemente con cierta risa sarcástica M. Gosse; es una condesa de pega.

— Sin duda, alguna hechura de Gigant... pues que se ande con cuidado, porque tan cierto como soy Fritz, va á tener que habérselas conmigo.

Digamos algunas palabras para explicar la conducta de M. Gosse.